

La Iglesia ante la crisis

«Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS, 1)

Sebastián Mora Rosado

Secretario General de Cáritas Española
E-mail: secretariageneral@caritas.es

justicia y
solidaridad

Recibido: 23 noviembre 2012
Aceptado: 26 noviembre 2012

RESUMEN: El proceso de deterioro creciente de la cohesión social en el que estamos inmersos ha ocasionado cambios importantes en la realidad social y económica de España. Especialmente en la de aquellos hogares que estaban en situación de vulnerabilidad antes de la crisis. La Iglesia ante la crisis, como también otras organizaciones sociales, ha mostrado una inmensa solidaridad con las familias y personas pobres y excluidas. Convencidos, en este Año de la Fe, de la inseparable unidad de la proclamación de las maravillas del Señor y la solidaridad con los más vulnerables, la Iglesia ha sido respuesta intensa y creativa frente a la crisis. En palabras de la carta *Porta fidei*, «la fe sin la caridad no da fruto y la caridad sin la fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda» (n. 14).

PALABRAS CLAVE: pobreza, desigualdad, redistribución, sociedad dual, asistencialismo, capital social, Iglesia de España, esperanza.

The Church facing the crisis: «There is nothing truly human which does not find an echo in his heart» (G.S., 1)

ABSTRACT: The crisis is jeopardizing our social cohesion: families are growing up in a situation of vulnerability. The Church and other institutions are showing themselves in complete solidarity. After all, they do nothing but that, as shown in the text with which Benedict XVI encouraged Catholics at the beginning of the Year of Faith that links charity with faith (*Porta fidei*, 14). The author, from his privileged perspective, presents a social reality analysis to develop the three ecclesial answer keys: to host and accompany people, create social capital and maintain a critical positioning.

KEYWORDS: poverty, inequality, redistribution, dual society, asistencialism, social capital, Church of Spain, hope.

En estos momentos pocas personas niegan esta evidencia mostrada por la caridad infinita de parroquias, religiosos y religiosas, sacer-

dotes, laicos y laicas desde diversas plataformas e instituciones a favor de una sociedad más humana y fraterna. Es muy difícil encontrar

corrientes de opinión que sean ciegas a la aportación de Cáritas, Manos Unidas u otras instituciones eclesiales a la realidad social que vivimos. A pesar de ello han existido voces críticas, desde dentro y fuera de la Iglesia, acusando de una cierta tibieza y omisión de la voz de la jerarquía católica y, además, se ha producido una polémica, hoy muy acallada, alrededor de la supuesta posesión de privilegios fiscales (IBI) que irían en contra de un verdadero espíritu de solidaridad.

La Iglesia, como ha hecho en su larga trayectoria histórica¹, ha estado, con todas sus ambigüedades y contradicciones, con diferentes manifestaciones y desde diversos carismas, cerca de las personas más vulnerables. Hoy podemos seguir siendo reconocidos por esta presencia cercana a las personas que habitan en los nichos del olvido y la injusticia. Así lo atestiguan las innumerables obras y acciones de la Iglesia (más de cuatro millones de personas atendidas, más de cinco mil centros de atención social y miles de voluntarios y voluntarias)² que a diario son *presencia* de acogi-

da y acompañamiento. Pero esta enérgica realidad no debe hacernos ciegos a nuestras deficiencias y encarar con responsabilidad crítica nuestras *ausencias*. A veces en el campo social a los católicos –como dice un buen amigo mío– nos ciega el «sentirnos los mejores aunque caracterizados por una profunda humildad». A veces no somos los mejores y debemos aprender con otros para construir fraternidad desde una comprensión humilde de nuestro quehacer. Nuestros frutos son obras humildes, aunque cuantitativamente muy relevantes, puestas al servicio de una sociedad más fraterna desde nuestros hermanos más vulnerables.

Estas obras se articulan desde diferentes niveles y acciones que permiten concebir la presencia social y eclesial frente a la crisis de manera global. Porque, si bien es cierto que la atención directa a las necesidades de las personas son las más reconocidas, no es menos cierto que la Iglesia ha aportado, además de atención cálida y cercana, capacidad de análisis, creación de capital social relacional y se ha posicionado críticamente con las políticas gubernamentales en defensa de las personas más débiles. Vamos a sobrevolar estos ámbitos de manera descriptiva y prescriptiva a la vez tratando de mostrar las presencias y ausencias de nuestra labor.

¹ J. M. LABOA, *Por sus frutos los conoceréis. Historia de la caridad en la Iglesia*, San Pablo, Madrid 2012.

² Datos presentados por la Conferencia Episcopal en su *Memoria Anual de Actividades 2010* el 15 de junio de 2012.

1. Análisis y estimativa social

Analizar la realidad para iluminarla desde los ojos de la fe es una tarea imprescindible de la caridad cristiana. El Papa así lo reconoce en su última encíclica *Caritas in veritate*. No podemos lanzarnos a un ciego sentimentalismo de la acción sin conocer y reconocer la realidad en la que nos movemos. En el campo del análisis social la Iglesia, desde sus fundamentos y convicciones, es luz y horizonte. Desde Cáritas y la Fundación Foessa³ se ha venido realizando un intenso acercamiento a la realidad social mostrando una visión propia y comprometida con el sufrimiento de las personas empobrecidas.

En diversos estudios⁴ se detecta con mucha claridad que nuestra sociedad ha sufrido un proceso de empobrecimiento severo y crónico. En nuestra sociedad la pobreza es «más extensa, más intensa, más crónica y nuestra convivencia se asienta cada vez más en una sociedad dual». Más *extensa* porque la pobreza se incrementa en número de hogares y personas. Baste señalar que en la última Encuesta de Población Activa aparecen más de

seiscientos mil hogares sin ingresos de ningún tipo, en la última Encuesta de Condiciones de Vida el indicador de pobreza relativa está por encima del 21% y según el indicador AROPE el riesgo de pobreza para los españoles está en el 27% de la población. No quiero extenderme en números pero la realidad habla por sí misma. Podemos tener diversas teorías sociales o diferentes criterios para leer la realidad pero la inmensidad de la pobreza entre nuestros hermanos y hermanas a nivel internacional y nacional no admite réplicas.

Pero, además, la pobreza es más *intensa* porque las situaciones de privación material y la dificultad de acceso a derechos básicos se han acrecentado. La situación de desempleo masivo y la reducción progresiva de la protección social llevan consigo una intensificación severa de los efectos de la pobreza. Más del 30% de los hogares españoles manifiesta no poder llegar a fin de mes y la privación material entre nuestros conciudadanos ha crecido de manera permanente en los últimos años. Y, por último, la pobreza es más *crónica* porque no hablamos de situaciones de pobreza pasajera, sino de años viviendo bajo el umbral de la pobreza. Baste apuntar que ya más del 50% de los desempleados son «de larga duración». Esto lle-

³ Fundación de Estudios Sociales Aplicados, dependiente de Cáritas Española.

⁴ Estos análisis están en la web de Cáritas Española (www.caritas.es) y en la de la Fundación Foessa (www.foessa.es).

va aparejado un proceso de fragilidad social denso y agudo que dificulta una vida merecedora de llamarse digna.

Estos procesos de empobrecimiento se traslucen en una sociedad más polarizada entre los que tienen bienes y acceso a derechos y los que no tienen este acceso. La *desigualdad* ha crecido mucho en nuestro entorno y amenaza con ser unas de las características sociales de mayor relieve en el plano nacional e internacional. La cuestión no es sólo, ni fundamentalmente, un asunto de bienes escasos sino de redistribución de esos bienes. Los mecanismos redistributivos en la actualidad han sufrido una profunda erosión y van dibujando una sociedad dual y polarizada. «Ante la crisis, solidaridad»⁵; pero solidaridad asentada sobre una visión profunda y penetrante de la realidad. En estos momentos construir un discurso encarnado en la realidad y realizado desde la realidad de los últimos es un deber de caridad. No he comenzado mi exposición de manera analítica por preciosismo sociológico, sino por convicción de que un aporte esencial para luchar contra la injusticia es construir

una estimativa ética a la altura de los tiempos. Y dicha estimativa tiene que anclarse en un profundo análisis de la realidad. Este es un aporte irrenunciable de la Iglesia en estos días de incertidumbre y desamparo cognitivo que se va edificando en colaboración estrecha con otras redes de la sociedad civil. Seguramente podemos decir, sin temor a equivocarnos, que los mejores Observatorios de la realidad social están sustentados en organizaciones de la sociedad civil y muchos de ellos en organizaciones e instituciones de la Iglesia católica.

2. Acoger y acompañar personas

En este contexto de incremento exponencial de las necesidades básicas las palabras del evangelista Mateo resuenan en estos momentos con especial intensidad: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era inmigrante y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me visitasteis, estaba encarcelado y vinisteis a verme. Los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber, inmigrante y te recibimos, desnudo y te vestimos? (Mt 25, 35-38). No podemos

⁵ Así titulaban los Obispos de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal el documento sobre la crisis.

negar, a pesar de las resistencias emocionales o intelectuales, que las necesidades básicas para la vida se han convertido en un problema de gran magnitud. Más allá de imágenes provocadoras nos encontramos con una realidad inaudita para muchos y esperada por otros. Inaudita porque teníamos la sensación de impunidad frente a los efectos más directos de la pobreza y parecía que vivíamos en el mejor de los mundos posibles. Sin embargo, para otros era esperada porque reconocían la fragilidad de nuestro sistema de bienestar con una protección social básica muy débil, desigual en perspectiva territorial, con un frágil sustento en los derechos subjetivos y con poca concepción de sistema integral⁶.

De cualquier forma lo que se presenta como realidad cotidiana es el incremento constante de familias y personas con necesidades básicas no cubiertas. Personas de un amplio espectro social, viviendo diversos procesos biográficos. En los últimos cinco años, los programas de atención a las necesidades básicas se han visto literalmente desbordados en muchas ocasiones. Por ejemplo, en Cári-

⁶ Así lo adelantaba el VI Informe Foesa (2008) que analizaba el período previo a la crisis.

tas⁷ desde el año 2007 los servicios de acción de base se han triplicado. De 340.000 personas atendidas en el año 2007 a más de un millón en el año 2011. Numerosas parejas jóvenes (de 20 a 40 años de edad) con hijos se han visto muy afectadas, así como mujeres solas con familiares a cargo. Además, las características que más se han incrementado en estos años son de personas de nacionalidad española y extracomunitarias en irregularidad sobrevenida, en riesgo de perder su vivienda, parejas con hijos, los llamados jóvenes adultos con una edad de 30 a 44 años y las personas sin ingresos o con rentas mínimas.

Son personas con ingresos muy bajos o sin ingresos⁸ los que acceden a estos recursos. La media de ingresos de las personas atendidas en Cáritas es de 322 € al mes, mientras que el umbral de la pobreza está actualmente en unos 651,5 € al mes para una persona. Las problemáticas más demandadas son las que hacen relación a la alimentación, vivienda y empleo. Además, como luego profundiza-

⁷ VII Observatorio de la realidad social. De la coyuntura a la estructura. Los efectos permanentes de la crisis (accesible en www.caritas.es).

⁸ Un tercio de las personas atendidas en Cáritas en el programa de necesidades básicas no tienen ningún ingreso.

remos, la protección social pública se ha erosionado gravemente. De las personas atendidas en este estudio, más del 65% venían derivadas de servicios sociales municipales sin capacidad real de respuesta.

Ante esta realidad es claro reconocer que «la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación» (*Deus caritas est*, n. 31). Frente a la inmensa necesidad no podemos volver la cara a las familias que están «comiendo un pan de llanto y bebiendo lágrimas» (Salmo 80). La asistencia a las necesidades básicas es esencial y absolutamente necesaria. En este campo la labor de la Iglesia desde sus diversos carismas y espacios pastorales está siendo ingente. No existe parroquia, institución o grupo cristiano que no esté en estos momentos aportando su ser y poseer a estas labores de ayuda. Podemos decir que el impacto de la crisis está siendo contenido y paliado en sus efectos más primarios por la sociedad civil en su conjunto y especialmente por la Iglesia católica.

Ahora bien, también debemos reconocer que en este ámbito podemos caer en el peligro de «asistencializar» la ayuda hasta términos indecentes. Como decía el Beato Juan Pablo II, debemos dar «no

como limosna humillante, sino como compartir fraterno» (*Novo Millennio Ineunte*, n. 50). Este compartir fraterno nos sitúa en un escenario distinto al mero «dar cosas» para colocarnos en un lugar que debe dignificar la acción. Este proceso de dignificación de la ayuda es absolutamente necesario para no caer en un «asistencialismo» de corto alcance que olvide que el desarrollo de las personas es más profundo e integral que la mera ayuda material.

3. Crear capital social

La sociedad española es una sociedad pobre en términos estadísticos (21,07% tasa relativa de pobreza), pero también nos estamos convirtiendo en una *pobre sociedad*. Pobre porque el capital social y relacional está sufriendo un deterioro importante tras años de soportar los envites de la crisis. No cabe duda que las familias, de manera especial, y las diversas organizaciones del tejido social están haciendo de contención frente a las consecuencias más virulentas de la situación social. Son muchas las familias que han tenido que volver a casas de los abuelos, las que están siendo mantenidas por las pensiones de los jubilados, las que son sostenidas anímicamente por hermanos de sangre y de relación.

Creo que este capital social, especialmente el ámbito familiar, es a día de hoy el mecanismo más importante de integración social. El mercado de trabajo está expulsando continuamente a personas y los mecanismos de integración de las administraciones públicas están en franca retirada.

La pobreza y la exclusión no sólo deteriora la capacidad de acceso a bienes y servicios sino que «la exclusión social deteriora los vínculos, las comunidades, la constitución del sujeto y sus marcos de sentido, y cada vez somos más conscientes de su importancia como factores de desarrollo social y, en especial, de su papel en los procesos de empoderamiento de las personas en situación de exclusión. Nuestras políticas sociales han sido tradicionalmente políticas sociales de recursos y tenemos que lograr que maduren a políticas sociales activas, asociativas y de sentido que logren incidir troncalmente en esos factores tan determinantes para la constitución de la subjetividad, de la sociabilidad, de las estrategias de inclusión y de la participación ciudadana»⁹.

En este ámbito el potencial de las comunidades cristianas desde movimientos, parroquias, congre-

gaciones religiosas y sus instituciones pastorales es enorme. Las comunidades están siendo espacios relacionales de integración que, sin caer en el proselitismo, son propuesta de sentido y desarrollo humano. Las personas necesitan atención cordial, sentirse escuchados, formar parte de algo con alguien, experimentarse como sujeto capaz y con sentido existencial. Para ello debemos ser conscientes de la necesidad de crear «alianzas» y tejer redes que vayan construyendo una sociedad nueva. Redes que sepan aunar el «anuncio y la denuncia» con osadía, valentía y creatividad. Dicen que los periodos de crisis albergan las mejores «ideas» que no sólo son reacciones ante la situación sino una ingente lucha de «anticipación» al futuro. En el ámbito sociocaritativo necesitamos recrear respuestas que no sólo sean reactivas a la coyuntura sino que sean un ejercicio responsable y animoso de anticipación social.

Este ejercicio de «colonización del futuro» reclama prácticas que sean declinadas en plural (necesitamos cantos polifónicos), que muestren la realidad de lo que denuncian (propuestas y protestas), que penetren con ternura en la realidad de la exclusión (empapándose de la vida de las personas excluidas) y que, como ya dijimos, realcen el

⁹ AA.VV., *VI Informe Foessa*, Cáritas Editores, Madrid 2008, p. 191.

valor de la vinculación entre las personas (creando comunidad).

Este ámbito de anticipación y creación de capital social es poco reconocido en la labor de la Iglesia y las organizaciones de la sociedad civil. Sin embargo, es absolutamente necesario para no convertirnos en una sociedad «asistencializada» sin sentido ni futuro. Son muchas las experiencias comunitarias de creación de empleo, empresas de inserción, comunidades de ayuda, asociaciones frente a la crisis, experiencias de participación y empoderamiento que se están recreando. No podemos resignarnos a ser un «pobre país», a pesar de nuestras pobreza, sino que necesitamos articularnos para «descubrir el palpito de lo que se avecina» (X. Quinzá). No podemos dejar de compadecernos por las personas que están sufriendo y soportando la situación social, pero desde una mirada amplia que ensanche lo humano. La solidaridad frente a la crisis no es solo ayuda material sino palabra tierna que acompaña: «Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: “No llores”» (Lc 7, 13).

4. Posicionamiento crítico

La atención a las personas por parte de la Iglesia, decíamos anterior-

mente, es bien conocida y reconocida por la opinión pública. La capacidad de análisis y el potencial comunitario y de sentido como aportación de la sociedad civil en general y la Iglesia en particular es bastante ignorada fuera de círculos estrechos. Si un ámbito es bien conocido y otro ignorado, el que ahora nos ocupa, posicionamiento social crítico, es desacreditado abiertamente. Como decíamos al principio algunas corrientes de opinión echan de menos una voz crítica de la jerarquía de manera contundente. Los obispos en su reciente declaración «Ante la crisis, solidaridad» afirman que siempre han hecho notar su voz no solo a nivel individual sino de modo colegiado en la Conferencia Episcopal. «La Conferencia Episcopal no ha dejado de expresar de modo colegiado el sentir de la Iglesia en España sobre la situación, ni de prestar su voz a la exhortación y la clarificación» (n. 2) y apuntan a la «Declaración ante la crisis moral y económica» que realizó la Asamblea Plenaria en 2009. A algunos les parece insuficiente en la forma y a otros en el fondo aludiendo a una cierta visión espiritualista que expresan los obispos de la situación actual más preocupados en otros ámbitos de la realidad.

Hay que acoger críticamente todas las opiniones y muchas de

ellas seguro que están cargadas de razones. Pero creo que la Iglesia, y es una aportación esencial, entendida como Pueblo de Dios que peregrina en España está siendo voz crítica y profética. Sin duda que necesitamos mayor valentía y lucidez, seguro que es necesaria mayor radicalidad y es indudable que podemos penetrar más en la incidencia política y social. Pero a pesar de las deficiencias, siempre presentes, la Iglesia esta posicionándose continuamente y cotidianamente en defensa de los débiles.

Como afirmaba el Concilio Vaticano II en el Decreto sobre el Apostolado de los laicos, no podemos «brindar como ofrenda de caridad lo que ya se debe por título de justicia» (*Apostolicam Actuositatem*, n. 8) y por ello un criterio importante, no único, para nuestra acción socio-caritativa es someterla al «escrutinio del afianzamiento, reclamación o constitución» de derechos sociales para las personas pobres y excluidas. Nuestra acción, que es oferta de salvación en Jesucristo, trasciende los derechos y la justicia pero son un hito irrenunciable en nuestro horizonte de trabajo. La acción socio-caritativa es un darse a sí mismo desde la gratuidad que trabaja sin descanso para constituir una sociedad en la que todas las perso-

nas, y especialmente las más frágiles, vivan de manera digna.

La defensa de las personas inmigrantes, el camino recorrido con las personas en situación sin hogar¹⁰, la denuncia de los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE), el posicionamiento frente a los recortes en las políticas de Cooperación Internacional, el análisis crítico sobre la retirada de tarjeta sanitaria para colectivos vulnerables¹¹ y un sinfín de posicionamientos, reflexiones y movilizaciones «para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables» (*Deus caritas est*, n. 28 a).

Sin caer en la soberbia que enturbia la presencia ni someternos a la resignación ante lo dado, tenemos que seguir construyendo caminos de Esperanza. La desesperanza se nos introduce hasta los tuétanos como infección profunda que desarticula lo humano. Tenemos

¹⁰ Este año se cumplen veinte años de la campaña por las personas sin hogar «Son derechos, no regalos» que es un hito histórico en el trabajo con las personas sin hogar en España.

¹¹ Aunque en el imaginario de muchas personas sólo parece que afecta a las personas inmigrantes irregulares el colectivo es muy amplio. Incluso les está afectando a religiosos y religiosas que vuelven de los países de misión y no tienen derecho a asistencia sanitaria.

muchas razones y argumentos para vivir desesperanzados, baste con leer superficialmente cualquier periódico. Pero tenemos la experiencia de Cristo muerto y resucitado que nos abre las puertas

del abismo porque «Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. No habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron» (Ap 21,1-4). ■